

EL PAISAJE QUE VEMOS: PERCEPCIÓN AMBIENTAL

JOHANNA FILP, EDUARDO FUENTES Y ALICIA HOFFMANN.

Universidad Católica de Valparaíso. 1989.

¿ QUÉ PAISAJE VEMOS?

La pregunta podría parecer innecesaria. La respuesta resulta obvia, está a la vista, hay árboles, pastos, cerros, montañas escarpadas. En una segunda mirada, sin embargo, la respuesta es más compleja y al mismo tiempo más desafiante.

Mientras más nos acercamos a la percepción que las personas tienen de los paisajes, más evidente aparece que no se trata de un paisaje, sino de muchos paisajes. Quién sabe si hay tantos paisajes como ojos se dirigen a ellos.

Para algunos las montañas son grandes extensiones de nieve, que les permiten gozar de la emoción de un descenso en esquíes. Otros ven una cubierta de hierbas medicinales, distinguiendo finamente entre plantitas que para muchos de nosotros sólo se agrupan en la categoría de “malezas”.

Para un tercer grupo hay diferentes tonos de rosado en las laderas soleadas de las montañas de verano. Otros, en fin, tienen el ojo aguzado para descubrir los quillayes, los árboles de los que se obtiene la leña necesaria para la calefacción y para preparar el plato de tallarines.

¿ Es que algunos están equivocados? ¿ Les falta educación? ¿Son errores de la percepción? ¿Cuál es el verdadero paisaje?

En realidad estas dudas se plantean sólo cuando creemos que la percepción es un proceso pasivo en que somos “impactados” por el mundo cuando pensamos que la percepción se trata sólo de detectar lo que hay “allá afuera”.

Sin embargo, hoy sabemos que **la percepción es un fenómeno activo, producto de nuestra estructura biológica en interacción culturalmente mediada con los objetos, con otros seres vivos y con el paisaje.**

Se trata de un proceso en que intervienen muchos factores, entre ellos nuestra historia de experiencias previas, así como nuestras necesidades y expectativas.

El propósito de este capítulo es precisamente ilustrar algunas formas en que puede ser alterada la percepción del paisaje a través de señalar parte de los procesos que intervienen en ella.

Creemos que si no nos damos cuenta de las limitaciones que tienen nuestras maneras de ver y si suponemos que la percepción consiste en develar, en descubrir una verdad externa independiente de nuestra historia, será muy difícil llegar a acuerdos que permitan romper el círculo vicioso y destructivo en el que estamos embarcados.

Sólo en la medida que tomemos conciencia que “el paisaje” es en realidad una apreciación individual, dejaremos cabida para otras percepciones, otros modos de ver y hacer las cosas.

Nuestra presentación está basada en distintas encuestas y algunas experiencias vividas durante el trabajo en el proyecto.

Al final del libro se indican referencias para estos y otros estudios, de manera que el lector interesado pueda eventualmente profundizar en algunos de los temas mencionados en el capítulo.

De todos modos parece importante mencionar aquí, que parte sustancial de los resultados provienen de un estudio exploratorio hecho con turistas de invierno que acudían a esquiar a Farellones, con lugareños que viven en el Valle del río San Francisco (de acceso a Farellones), con quienes viven en las cercanías de Salamanca (junto al río Choapa) y con turistas de verano que acudieron a Sierras de Bellavista y las termas del Flaco, ambas junto al río Tinguiririca.

Hay que hacer notar que la mayoría de los lugareños del valle del río San Francisco, llevaban poco tiempo viviendo allí (menos de un año por lo general).



LO QUE SIGNIFICA EL PAISAJE

Observando cómo se expresaban las personas y de lo que decían, fue posible distinguir tres grandes tipos de actitudes frente al paisaje: de evitamiento, de explotación y de indiferencia.

De las conversaciones con algunos se podía desprender que las montañas son agresivas, incontrolables y temibles. Esta postura se encontró en personas que habían tenido pocos elementos de experiencia directa con los paisajes de Chile Central.

En muchos casos esta actitud general de evitamiento parecía provenir de algunas experiencias negativas, de las cuales aprendieron que lo mejor que puede hacerse es esquivar el contacto directo con los elementos del paisaje.

Este fue por ejemplo, el caso de personas que en su primera salida a un lugar agreste de la Cordillera, se sentaron demasiado cerca de un nido de hormigas y luego decidieron no exponerse nunca más a una situación de este tipo.

Desgraciadamente por situaciones así se produce un círculo de evitamiento, en el cual la persona no se expone a situaciones similares por temor a la experiencia dolorosa negativa. Pero en su intento de rehuir estas situaciones tampoco se da la oportunidad para corregir sus conclusiones, sus percepciones, para aprender.

Otro factor que también puede llevar al evitamiento sin nuestras proyecciones. Todos hemos tenido la experiencia de “ver” ladrones entre las sombras que se mueven en la oscuridad, sólo para descubrir que se trata del movimiento de las ramas de un arbusto.

La proyección es un proceso perceptivo en el cual lo que percibimos está estructurado en forma prioritaria por nuestros temores y necesidades.

Mientras más lejano y difuso es nuestro contacto con la naturaleza, tanto mayor es la facilidad con que puede ocurrir la proyección. Así, por ejemplo, si se le pide a niños de la ciudad que dibujen un bosque, los que nunca han visitado uno, frecuentemente esbozan lobos y cuevas oscuras.

En cambio, los niños que han jugado y corrido por los bosques suelen dibujar árboles, aves y flores. En realidad lo que sucede es que los niños que nunca han jugado en un bosque, “le ponen”(proyectan) al bosque muchos de los temores que llevan dentro de sí, mientras que los niños que han jugado en el bosque saben lo que corresponde dibujar y que realmente pertenece al bosque. (Quizás esos niños proyecten cuando se les pida dibujar una calle de la gran ciudad).



Esto nos pasa a todos y si tenemos ya sea poca experiencia o sólo algunas experiencias de contacto con la naturaleza, es probable que terminemos proyectando sobre ella muchos de nuestros temores y necesidades que nada tienen que ver con ella.

Si hacemos esto podemos entrar en un círculo de evitamiento que nos puede llevar a tener actitudes muy negativas, al transformar el paisaje en el reservorio donde inconscientemente “ depositamos” nuestros indeseables.

Pero la actitud opuesta también existe. Para muchas personas la naturaleza que describían estaba esperando, plena de recursos, lista para ser usada. Tanto en el valle del río Choapa como en el valle del río San Francisco, la vegetación era al menos parcialmente vista como fuente de leña usable para cocinar y para la calefacción.

Las laderas de los cerros y las veranadas altoandinas eran percibidas como tierras de pastoreo para el ganado. Incluso los animales silvestres eran apreciados como recursos de algún valor. Los zorros podían ser cazados por su piel, mientras las vizcachas, conejos y liebres podían ser usados como alimento.

La utilización de los recursos del paisaje por parte de las personas que acuden a la montaña en busca de recreación puede ser más útil, pero obedece al mismo tipo de actitud. Por ejemplo, los turistas que llegaron hasta las termas del flaco, en la Cordillera al este de San Fernando, decían que el agua termal, el clima cálido en verano y el aire puro era lo valioso y fue lo que los atrajo.

El agua termal y las propiedades que le adjudicaban parecían, un factor clave, existiendo opiniones muy diferentes acerca de los males a ser curados por esas aguas, el reumatismo, la bronquitis, los huesos, la artritis, el sistema nervioso, la presión baja. (Un estudio “científico” y “objetivo” publicitado en esos días causó gran disgusto por haber sugerido que se trataba sólo de agua caliente, sin mayor poder curativo).

En general, en esta segunda postura frente a la naturaleza, prima una racionalidad en que se destacan sólo algunos elementos del paisaje, los que permiten maximizar lo que se conoce como los beneficios a corto plazo y sólo en el área de interés.

Sin mayor preocupación por las consecuencias que se puedan producir en plazos mayores o en áreas más extensas. En algunos de los casos antes mencionados, estas consecuencias se relacionan con dejar desperdicios en las inmediaciones de las Termas o con la extinción local de zorros, vizcachas, y en general de las especies consideradas valiosas.

Esta misma actitud es, por lo demás, la que a veces se conoce con relación a explotaciones a gran escala, como por ejemplo, en el caso de las empresas mineras o madereras.

Además de las actitudes de evitamiento y explotación, se encontró que para un tercer grupo de entrevistados, el paisaje era como el aire que respiramos. Se lo tomaba por dado y no se le daba mayor importancia, la actitud general era de indiferencia.

Este tipo de relación se da cuando se produce habituación, fenómeno perceptual muy conocido, que se caracteriza por una disminución de la atención y la discriminación al estar expuestos por períodos prolongados a una misma situación. Es un fenómeno tan común que es difícil tomar conciencia acerca de él, es casi como pedirle al pez que sé de cuenta que existe el agua.

La habituación no es buena ni mala, es necesario en ciertos momentos, nos parece indeseable en otros. En cualquier caso “tiñe” nuestra percepción. La habituación nos permite dejar de percibir la gotera, el martilleo y el ruido constante de la calle. En el otro lado de la moneda, sin embargo, la habituación nos lleva a no alarmarnos ante situaciones que son muy destructivas y ante las cuales dejamos de reaccionar, también puede conducirnos a dejar de apreciar lo bello en nuestra vida cotidiana.

Un ejemplo de habituación es el de los lugareños que vivían en los valles San Francisco y Choapa. Todos ellos mostraban una actitud de relativa indiferencia y poca valoración frente a un paisaje que nosotros encontramos extraordinariamente bello.

Una forma en que se expresaba esta falta de aprecio era su urgencia por cambiar lo que tenían. Por transformarlo en algo completamente diferente a través de su urbanización, es decir, mejorar y embellecer el lugar consistía en cambiar radicalmente la naturaleza que los rodeaba.

Sin duda, detrás de estas expresiones había ocultos deseos de mejorar su situación personal, pero lo curioso es que ello era a través de cambios radicales que transformarían el carácter, lo bello y propio del entorno. ¿No nos sucede a nosotros lo mismo cuando no vemos la belleza, y a veces, la suciedad de nuestro entorno?.

Estos tres modos básicos de relación con el paisaje-explotamiento, evitación e indiferencia- no son estáticos sino dinámicos y muy frecuentemente tienden a reforzarse en el transcurso de nuestra vida.

Uno de los modos en que se produce este refuerzo es a través del mecanismo conocido como disonancia cognitiva.

EL DESAGRADO DE LAS CONTRADICCIONES

La manera más fácil de entender cómo opera este mecanismo, que distorsiona nuestras percepciones del paisaje y nos lleva a mantener más allá de lo prudente nuestras actitudes básicas, es a través de un examen de lo que nosotros vemos que sucede en el Norte Chico y lo que los cabreros dicen percibir. Los cabreros tienen familias pobres que con sus prácticas agrícolas y su ganado caprino están lentamente minando su propia base de sustento, principalmente debido a que con el ganado caprino se sobrepastorea, se elimina la cobertura vegetal y se produce erosión. Sin embargo, los cabreros que entrevistamos no percibían la relación entre este ramoneo de las cabras y la erosión del suelo. *“Las cabras hacen daño cuando entran en la parcela (cultivada), pero en el monte eso no pasa porque allá pastan. El monte es de ellas. La gente de la ciudad dice que las cabras hacen mal, pero ¿Cómo va a ser eso, si el monte es de las cabras?”*

En este caso se percibe una relación compleja entre el lugareño y su entorno. En primer lugar, la cabra es un medio esencial para la subsistencia de él y su familia. De no ser por ellas tendrían menos que comer. En segundo lugar, existe la idea de que *“el monte”* es el lugar natural de las cabras y que no requiere de cuidado especial *“lo que planta uno, lo cuida uno y de lo que plantó Dios, él se encargará”*. En otras palabras, el paisaje es considerado como recurso inagotable. En tercer lugar, la necesidad de subsistencia es muy urgente y ante la carencia de alternativas reales, no se percibe y no se puede aceptar que las cabras contribuyan a la erosión y al deterioro de su ya precario estado.

A esta contradicción y a la carga emocional que ella contiene es a lo que se refiere la teoría de la disonancia cognitiva. De acuerdo a esta teoría, nuestras percepciones pueden ser consonantes, disonantes o irrelevantes. El postulado básico es que la contradicción (disonancia) es desagradable, produce tensión emocional y hace que las personas actúen de manera de reducir esa tensión. Es decir, tendemos a transformar las relaciones disonantes en relaciones consonantes o irrelevantes. En el caso de los cabreros del Norte Chico, las percepciones: *“la cabra es esencial para nuestro sustento”*, y *“la cabra produce erosión”*, forman un sistema altamente disonante, en especial si se toma en cuenta que una conclusión consonante con ambas cogniciones es *“no podemos seguir criando cabras”*.

La necesidad de sobrevivencia y la casi ausencia de fuentes reales y alternativas de mayores ingresos es la percepción que prima, y ésta no se ve que pueda ser cambiada. Por lo tanto, para lograr consonancia y eliminar el dolor que ellas producen, se construyen cogniciones consonantes: *“las cabras no causan daño”*, *“el monte no necesita de cuidado”*. Se entra así en un círculo vicioso que el Norte Chico ha producido una desertificación tan dramática que ha llamado la atención de los estudiosos de todo el mundo. Sin duda que todos podemos mencionar ejemplos en que nosotros mismos- inconscientemente- nos engañamos distorsionando o negando evidencias a fin de mantener una coherencia interna y evitar así ciertas contradicciones que nos *“parten el alma”*. Lo importante, creemos, es describirlas para aprender a reconocerlas, dejar de negar la existencia de problemas

ambientales y así abrir posibilidades en situaciones que, a lo mejor injustificadamente, nos parecen sin solución.

Hay al menos otros dos factores que también nos llevan a reafirmarnos en nuestras actitudes frente al paisaje: la sobregeneralización cognitiva a partir de experiencias muy limitadas y nuestras expectativas acerca de cómo deberían ser los paisajes. Veamos primero algunas de las percepciones de nuestros encuestados para luego ver cómo éstos dos factores los afectaban.

¿CUÁNTAS ESPECIES CONOCE USTED?

A través de entrevistas a lugareños del valle del río San Francisco y a turistas invernales que subían por ese mismo valle para esquiar en Farellones, se pudo constatar que los paisajes percibidos por ambos grupos diferían. Por ejemplo, con respecto a los animales ambos grupos mencionaron que creían o sabían de la existencia de liebres, conejos, ratones pumas, águilas, cóndores y coruros. Pero para los lugareños también existían allí zorzales, gatos monteses, vizcachas, culebras, perdices, codornices, tordos, diucas, meros, tencas, tiuques, turcas, gorriones, chercanes y pitihues. Llama la atención la gran cantidad de aves que conocían los lugareños, aún cuando vivían en el valle desde hace poco, en contraste con los turistas que sólo pasaban, lo más rápidamente posible, en dirección a las canchas de esquí (es interesante mencionar que, como contraste y en apoyo a la idea que no existe la percepción del paisaje, sino muchas percepciones, un ornitólogo distingue fácilmente 30 especies de aves en esa misma área).

Pero, aparte del número de especies presentes, para los lugareños los animales tenían, además ciertos significados, desconocidos para los turistas. Así, por ejemplo, un cabrero del Valle del río San Francisco contó que el canto del mero es un “*mal augurio*” y que si se le escucha durante las noches hay que devolverse si se anda por las montañas. Para los turistas de invierno, en cambio, las aves no sólo parecían no jugar ningún papel, sino que no distinguían diferencias entre ellas llamándolas a todas “*pajaritos*”. Como contraste general, quizás valga la pena mencionar que cuando un famoso ornitólogo fue a Nueva Guinea y contó el número de aves presentes encontró que, salvo uno o dos casos, su lista coincidía con la de los aborígenes que desde hacía muchas generaciones vivían ahí.

Con respecto a la flora el resultado fue paralelo al recién descrito. Es decir, los turistas mencionaron muy pocas plantas comparadas a las dichas por los lugareños y éstos últimos además asociaron a la mayoría de los nombres con usos tales como leña, medicina, forraje, etcétera. Al igual que lo sucedido con los animales, la cantidad de plantas mencionadas por los lugareños también fue sólo un pequeño porcentaje de lo que distingue un botánico en esa misma área.

Más de alguno se hará la pregunta ¿No será un problema de educación? Seguramente las personas con más información tienen un conocimiento más detallado acerca de flora y fauna. La respuesta es “No”. Las personas entrevistadas que tenían más años de escolarización, enseñanza media completa e incluso estudios universitarios, resultaban ser las que tenían menos conocimientos acerca de especies autóctonas de animales o plantas, tanto en el valle del río San Francisco, como en el caso del río Tinguiririca. Y esto, estamos seguros, no sólo se aplica a este grupo entrevistado. Si nos preguntamos nosotros mismos acerca de las plantas o animales que existen en los paisajes aledaños a Santiago, probablemente diríamos “sauce”, “álamo”, “pajaritos” y “bichos”. Esto se debe por una parte, a que en el sistema formal de educación se ha prestado poco interés y se ha dedicado poco tiempo a despertar la curiosidad de los estudiantes por conocer y estudiar su medio ambiente. Por otra parte, el conocimiento se va generando a través del contacto, de la interacción con el medio y las personas que viven en la ciudad, por lo general, tienen una relación muy esporádica y también distante con la naturaleza.

Así se explica que los que llamamos lugareños del Valle del río San Francisco, aún cuando llevaban poco tiempo viviendo ahí, hayan mostrado más conocimiento que los turistas. Antes de considerar algunos de los factores involucrados en los procesos perceptivos de estos grupos veamos los resultados de otro estudio de terreno.

¿QUÉ PAISAJE LE GUSTA MÁS?

Al parecer, en el encuentro inicial con el paisaje las personas tienen una conciencia general acerca de cómo se sienten en él, más que una percepción de las plantas y animales como objetos diferenciados. Frecuentemente parece ser una experiencia global, en la que no se diferencian todos los elementos que en un contacto más prolongado se llegan a distinguir.

Cabe preguntarse entonces ¿qué configuraciones de paisaje son las que producen emociones y sentimientos de agrado, y cuáles producen rechazo?.

Usando fotos en blanco y negro se hizo una encuesta en que se intentó evaluar las preferencias que muestran estudiantes universitarios y comerciantes del sector Estación Central (Santiago), acerca de seis tipos vegetacionales comunes a las inmediaciones a Santiago. Se encontró que en general, se prefería a los sistemas espaciados y arbolados, aún cuando no se pudo hacer distinción entre lo que era vegetación nativa y lo que era producto de la degradación por el hombre (antrópica). De estos estudios se demostró que la gente no sólo muestra preferencia por configuraciones vegetacionales con árboles, sino además que le da mucho valor a la preservación de éstos sistemas. ¡Aún cuando no saben de qué especie se trata, ni siquiera si son especies introducidas!.

En esta encuesta los entrevistados señalaron también que los paisajes que les agradaban les producían sensaciones de tranquilidad, de paz. En cambio, los paisajes que menos apreciaban estaban asociados a “soledad”, “desolación”, “sequía” y “sed”.

Es interesante hacer notar que parece haber una preferencia a priori en nosotros por cierto tipo de paisajes con árboles espaciados y con agua. Es decir, aún cuando no conocemos las especies, hay algo en nosotros que nos lleva hacia esas configuraciones. La vegetación rural en las zonas de estudio, frecuentemente tiene este aspecto, y, se desprende del mismo estudio, que si la gente lo supiese ayudaría a su preservación. Por otro lado, debe notarse que transformaciones antrópicas que lleven hacia esas configuraciones permitirían crear parques semi-naturales, en que la gente se sentiría acogida y que podría ayudara cambiar su actitud básica hacia los paisajes.

Los dos estudios recién mencionados sugieren que si bien tenemos tendencias hacia cierto tipo de configuraciones, el conocimiento que manejamos acerca de paisaje es escaso. A este bajo conocimiento contribuye nuestra falta de contacto con ellos y algunos vicios perceptuales que reafirman nuestras actitudes básicas hacia la naturaleza.

La tendencia de sólo generalizar lleva a engañarse creyendo que uno sabe más de lo que en realidad domina. Es un filtro que sin querer nos ponemos. El contacto repetido por los paisajes y una sana curiosidad por la diversidad natural, pueden ayudar a aumentar las categorías que usamos y así eventualmente llevarnos a una mejor comprensión de quienes son los actores, en qué consiste el escenario y cuál es la trama del devenir natural. Pero, para eso hay que estar dispuesto a equivocarse y a querer corregirse cuando las cosas no son como queremos. Y todos sabemos que eso cuesta

LA SOBREGENERALIZACIÓN

Se “sobregeneraliza” cuando se aplica, incorrectamente, una etiqueta a situaciones que tienen sólo algunos rasgos comunes con la situación original. Es decir, cuando luego de aprender algo creemos (incorrectamente) que todas o demasiadas situaciones corresponden a la misma categoría que hemos aprendido. Es más fácil darse cuenta a qué nos referimos, recordando a niños pequeños, que luego de aprender lo que es un perro, pueden llamar “perrito” a otro perro, pero también a un gato y aún a una persona andando a gatas.

Es el caso que nos preocupa, la sobregeneralización lleva a que muchas especies no sean percibidas como distintas. En algunos casos, las pataguas, quillayes, boldos y bollenes, son percibidos simplemente como árboles o asimilados a “litre”, sin hacer una distinción entre ellos. Un riesgo de una actitud así puede estar en que si comenzaran a desaparecer los boldos, difícilmente los valoraríamos y no tomaríamos las acciones públicas necesarias a fin de prevenir estas extinciones.

LAS EXPECTATIVAS

Otro de los frenos que impiden mejorar nuestra percepción del paisaje, es la disonancia que podemos experimentar entre los que vemos y lo que son nuestras expectativas.

Todos sabemos que nuestras experiencias pasadas contribuyen a crear nuestras expectativas acerca del futuro. Las expectativas son verdaderas intrucciones que nos damos acerca de que debemos esperar y que debemos aceptar y también qué debemos ignorar. Las expectativas, pueden a veces, favorecer el conocimiento rápido de algunas situaciones, pero también contribuye a generar distorsiones perceptibles cuando se asocian a juicios sobresimplificados y resistentes a l cambio.

Esto es especialmente delicado respecto a la generación de expectativas acerca de la naturaleza por parte de la televisión, tanto por razones culturales como históricas, muchas veces nuestras experiencias con la naturaleza son limitadas y se pueden restringir en gran manera a lo que vimos en películas de televisión. Debido a que estas películas son hechas con fines comerciales y en otros países frecuentemente vemos en ellas praderas africanas con jirafas y leones, Alpes Suizos o bien paisajes muy escogidos y un tanto “falsificados” por los trucos de la televisión comercial. Si bien resultan especialmente atractivos, son irreales. Se crean así, especialmente en los niños, expectativas que no coinciden con ninguna realidad, pero que pasan a ser la vara de medición, el patrón interno con el cual se compara a lo que encontramos con el mundo que nos rodea. No es de sorprenderse entonces, que muchos de nuestros encuestados al visitar el valle del río San Francisco, o las Sierras de Bellavista después del primer “golpe de vista” no muestre mayor interés por descubrir las características del paisaje.

En realidad tras la percepción de nuestros encuestados, hay muchos mecanismos operando simultáneamente y que no podríamos explicar aquí. Nuestro objetivo no ha sido clarificar cómo se produce el proceso, sino más bien mostrar algunos de sus aspectos, y cómo ellos contribuyen a explicar nuestras diferencias de percepción del paisaje.

CONSIDERACIONES FINALES

Esperamos que a estas alturas el lector ya se haya convencido que la percepción no es un fenómeno pasivo en que simplemente nos dejamos impregnar por lo que hay. Las evidencias indicadas y muchas otras, que no alcanzaríamos a documentar, sugieren que la percepción es un fenómeno muy activo, en el que juegan un papel importante las limitaciones de nuestro sistema nervioso (un insecto con sus ojos facetados vería el paisaje de un modo completamente diferente), así como nuestras experiencias previas, nuestras necesidades, nuestros valores, nuestras expectativas, el medio cultural,

nuestros temores, en fin, nuestra historia. Es natural entonces que personas con historias diferentes, con vidas diferentes, perciban el “paisaje” de modos más o menos disímiles de acuerdo a cuán diferentes hayan sido sus vidas.

Hemos visto que los usuarios de zonas montañosas de la Zona Central de Chile (lugareños y turistas), en general no poseen un sistema cultural en que las montañas sean un componente importante. Derivado de esto, su percepción de los elementos del paisaje es limitada, y es también reducida su percepción de la consecuencia de sus acciones en las montañas. Es responsabilidad de todos mejorar el conocimiento del paisaje y sus componentes, a fin de diversificar y enriquecer la percepción. Esto permitirá disminuir la indiferencia ante la consecuencia de la explotación de las montañas y se limitarán los efectos de las distintas formas de intervención. Esto podría lograrse con acciones en distintos frentes, ampliando el estudio de la naturaleza en los programas de la educación formal, haciendo campañas entre los habitantes de la ciudad, etcétera.

La dificultad se nos presenta cuando nos percatamos que a veces estamos metidos en un ámbito perceptivo que no nos permiten darnos cuenta que las condiciones para la vida están cambiando. Que el sistema Hombre-Ambiente, al que está indisolublemente atado nuestro destino, está modificándose de nuestro que nuestro bienestar futuro y el de nuestros descendientes están en juego, sin que nos demos cuenta de ello. Es en ése momento, es decir, ahora, que debemos alertarnos y reexaminar la vieja idea que percibimos lo que es, en vez de que apreciamos lo que podemos y “ queremos “ percibir.